



Capítulo 5

FABIÁN NOVAK | JORGE ORTIZ
(EDITORES)

EL PERÚ Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

El Perú y la Primera Guerra Mundial
Fabián Novak y Jorge Ortiz (editores)

© Fabián Novak y Jorge Ortiz, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: diciembre de 2014
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-17984
ISBN: 978-612-317-060-8
Registro del Proyecto Editorial: 31501361401133

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EL DIARIO DE UN LIMEÑO QUE MURIÓ EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Giovanni Bonfiglio

1. INTRODUCCIÓN

Este ensayo presenta parte de los resultados de un estudio en curso acerca de la migración europea en Perú en la primera mitad del siglo XX. El objetivo es analizar la transformación del grueso de los inmigrantes y mostrar cómo se asimilaron a la sociedad peruana, al punto de llegar a considerarse parte de ella y tomar distancia frente a sus países de origen. Ese sería uno de los efectos de la Primera Guerra Mundial en el Perú.

Esa actitud de asimilación e integración trató de ser contrarrestada por los gobiernos de sus países de origen, que llevaron a cabo políticas migratorias centradas en el objetivo de mantener viva la identidad originaria de los inmigrantes, cosa que intentaron hacer pero que no lograron. Ello fue bastante claro en el caso de la inmigración italiana, que fue la más numerosa entre el conjunto de la inmigración europea en el Perú.

En las páginas que siguen se trata este fenómeno a partir de casos de italoperuanos que pelearon en la Primera Guerra Mundial; en segundo lugar se hace un análisis de cómo esa guerra significó el inicio de un nuevo periodo en las relaciones entre el Perú y Europa, a partir de los cambios ocurridos en las actitudes de los inmigrantes.

2. EL DIARIO DE POLICARIO, UN LIMEÑO QUE MURIÓ EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Es poco conocido el hecho de que diversos ciudadanos nacidos en el Perú estuvieron en el frente de batalla de la Primera Guerra Mundial y que varios murieron en esa acción. En realidad eran peruanos especiales, hijos de inmigrantes que para los Estados de sus padres eran considerados de su nacionalidad, pero eran también peruanos.

Trataré el caso de los ítalo-peruanos que pelearon en esa guerra. La mayoría partió voluntariamente desde el Perú, otros fueron llevados mientras se encontraban en Italia. No se conoce el número exacto de cuántos fueron. Para tener una idea al respecto, baste decir que para el caso de Tacna una fuente confiable menciona que de esa ciudad salieron 26 jóvenes a enrolarse al ejército italiano; dos de ellos murieron en dicho conflicto: Giovanni Pescetto y Giovanni Lombardi (Aliprandi & Martini, 1935). En el antiguo Hospital Italiano de Lima había una placa recordatoria de los que fueron desde el Perú a pelear en la guerra y cayeron en el campo de batalla, eran por lo menos once.

Gracias a un libro publicado recientemente en Italia, tenemos a nuestra disposición el diario de un ítalo-peruano muerto en la Primera Guerra Mundial¹. Era Lorenzo Zolezzi Ghio, nacido en Lima en 1881, a quien en adelante llamaremos Policario, el sobrenombre que llevaba para distinguirlo de homónimos. En su diario narra la infancia transcurrida en Lima, las andanzas en el colegio de los franciscanos, los paseos a la orilla del río Rímac y por la Alameda de los Descalzos. También cuenta sus primeros amores juveniles e interesantes anécdotas sobre el estilo de vida de la Lima de entonces.

Lo más saltante de este diario es el testimonio acerca de cómo se tomaban las decisiones al interior de las familias de inmigrantes y cómo funcionaban las «cadenas migratorias» establecidas entre Italia y el Perú,

¹ El diario de Lorenzo Zolezzi Ghio ha sido reproducido íntegramente (en italiano), por su sobrina (Zolezzi, 2009, p. 112). Los párrafos del diario reproducidos en la presente publicación han sido traducidos por el autor.

que eran mecanismos muy fluidos de intercambio de información, personas y mercancías. A partir de este diario se puede analizar también el cambio de sentimientos de identidad en los hijos de inmigrantes, que es algo que interesa destacar. En efecto, Policario era una persona «partida» entre dos mundos, como él mismo decía. Son pocos los textos que tratan sobre este tema tan íntimo, que generalmente permanece oculto en los escritos sobre inmigración. Además de sus propios sentimientos, en su diario, Policario trata también de los sentimientos de otras personas vinculadas con la migración italiana en Perú. Se trata pues de un texto «intimista» de gran valor testimonial, de ahí el interés en difundirlo y analizarlo.

Al leer el diario de Policario salta a la mente el cuento de Ítalo Calvino «El vizconde demediado». Tengo la sospecha de que, al escribirlo, Calvino hacía referencia a la doble identidad de los hijos de migrantes. Él mismo había nacido en Cuba y era hijo de migrantes temporales italianos. Al volver a Italia, la tierra de sus padres, se sintió posiblemente partido en dos, entre dos identidades. De ahí que escribió ese cuento, que narra las desventuras de un vizconde partido en dos por la bala de un cañón.

La historia migratoria de la familia de Policario se remonta a la primera mitad del siglo XIX. Se trata de una típica familia de la población costera de Riva Trigoso, en la provincia de Génova. Desde allí se reclutaban tripulantes para trabajar en los veleros dirigidos a América del sur, atraídos por la bonanza económica y comercial generada por el *boom* del guano. Uno de los primeros pobladores de Riva Trigoso en llegar al Perú fue Agostino Zolezzi, quien había nacido en 1834. La expansión del negocio de Agostino le permitió «llamar» a varios de sus hermanos. Es así que llegaron Giobatta y Lorenzo. Cada uno de ellos tenía un sobrenombre para distinguirlo de los homónimos que había tanto en Riva como en Lima.

Lo interesante de este caso es que el padre de los hermanos Zolezzi se encargaba de conseguir esposas para sus hijos. Es así que, en 1873,

el patriarca de la familia comprometió a la joven Filomena Ghio, de 16 años, para que se casara con su hijo Giobatta, que estaba en Lima y deseaba contraer matrimonio. Filomena debió esperar dos años, para que Giobatta llegara desde Lima a Riva, para «aprobar» la decisión tomada por sus padres. Filomena era una linda joven, de largo pelo negro atado con trenzas alrededor de la cabeza, tenía un aspecto decidido y firme; sus camisas tenían cuellos tejidos por ella misma, signo de laboriosidad y capacidad. Por su parte, Giobatta era considerado un buen joven casadero; era uno de los pocos jóvenes que hablaba y escribía italiano y español, sin duda condiciones que habían favorecido el éxito de su negocio en Lima. Los jóvenes se gustaron y prepararon el matrimonio, que se llevó a cabo en Riva, luego de lo cual la joven pareja se dirigió al Perú, para seguir con el negocio familiar.

Antes de partir para el Perú con su esposa, Giobatta Zolezzi invitó al menor de sus cuñados, Giovanni Ghio, a que fuera al Perú, donde le aseguraba un trabajo seguro y alojamiento. La motivación de Giovanni Ghio para migrar no era tanto producto de una situación de pobreza, sino del hecho de que no había empleo para él en la empresa familiar. Su padre era propietario de pequeñas embarcaciones a vela con las que hacía comercio de cabotaje entre distintos puertos de Liguria y del Mediterráneo (entonces no había carreteras y la navegación era la única forma de conexión: no es una casualidad que esa fuese la misma situación que se daba en los puertos peruanos de entonces). Desde los trece años, Giovanni trabajó como mozo a bordo de esas embarcaciones. Durante el invierno hacían viajes a la isla Elba, para cargar vino; a veces iban también a la isla de Cerdeña, donde embarcaban queso «pecorino»; también viajaban hasta Sicilia, al puerto de Marsala, donde cargaban toneles del famoso vino dulce de esa zona².

² Ese es el mismo mecanismo que los marinos genoveses establecieron entre el Callao y los puertos costeros del Perú, sobre todo Pisco y Tambo de Mora, donde cargaban vino para las bodegas de Lima. Ellos reprodujeron en Perú lo que hacían desde siglos atrás en el Mediterráneo.

Cuando el padre de Giovanni murió, su madre Maddalena Ghio se quedó con nueve hijos. Los hermanos mayores y los tíos trabajaban en las embarcaciones, pero Giovanni, que era el menor no tenía empleo (eran los años de crisis de las embarcaciones a vela) y le tocaba tentar fortuna en «las Américas»; por ello aceptó la oferta de su cuñado Giobatta. En las páginas del diario de Policario se narran interesantes detalles de cómo se hacían los viajes interoceánicos en esos años, cosas que escuchó en su infancia y su primera juventud. Es una gran suerte que ese diario se haya publicado, pues son pocos los escritos de esa época que narran detalles tan reveladores de la vida de los inmigrantes, que sin embargo no guardan mucho interés para este artículo.

Pero volvamos a Lima, donde el matrimonio de Giobatta Zolezzi y Filomena Ghio tuvo varios hijos, el mayor de los cuales, Lorenzo, recibió el sobre nombre de «Policario», como ya hemos indicado. Luego nacieron dos gemelas: Orsolina Lima y Leonilda Callao; finalmente nació Lorenzina.

En el año 1887 los esposos Zolezzi decidieron regresar a su pueblo natal; según menciona Policario en su diario, su madre quería que sus otros hijos nacieran en Riva. Este detalle refleja un hecho de fondo: eran las mujeres las que inclinaban la balanza al momento de tomar decisiones trascendentales sobre el destino de la familia. Giobatta aceptó el retorno, pero mantuvo su negocio de telas en Lima, que quedó a cargo de su cuñado Giovanni Ghio, a cuyo cuidado dejó también al mayor de sus hijos, Policario, de tan solo seis años, para que apoyara en ese negocio y velara por los intereses familiares.

Es así que Policario creció en Lima, a la espera de que sus padres lo llamaran a Riva Trigoso, lugar que anhelaba conocer. La ocasión se dio solamente en 1900, cuando sus padres le escribieron diciéndole que habían comprado para él un pasaje en un vapor que lo llevaría a Italia. Policario realizó ese anhelado viaje junto a un amigo de la infancia: Juan Devoto, también hijo de inmigrantes, provenientes de la ciudad de Chiavari, cercana a Riva.

Estando en Riva, Policario pudo ver de nuevo a sus hermanos que habían nacido en Lima, así como conocer a los más pequeños que habían nacido allí: una mujer, Celestina; y dos hombres: Agostino y Giovanni, este último nacido en 1897. También pudo volver a ver a unos primos nacidos en Perú: se trataba de Gregorio (1872), Agostino Isidro (1880) y Dina. En realidad pudo conocer a la que denominaba la «gran tribu» de los Zolezzi en Riva, compuesta por varios «americanos». Allí se encontraba también su tío Agostino, quien había sido el iniciador de la cadena migratoria de los Zolezzi hacia el Perú y que había retornado a su pueblo natal. El regreso de una parte de los Zolezzi obedecía a una estrategia familiar en la cual, como hemos visto, las mujeres tenían un rol decisivo. Al mismo tiempo, estaba relacionado con la posibilidad de invertir los ahorros logrados luego de años de esforzado trabajo, que eran destinados a la construcción de casas y en propiedades agrícolas.

El retorno, que es el anhelo inicial de todo migrante, se cumplía en aquellos casos de éxito económico, además de la posibilidad de reinserción en el lugar de origen. Pero sobre todo, el retorno se daba cuando la familia «llamaba» a los que habían partido. Es que en la migración italiana de la época el sujeto migratorio no eran los individuos, sino las familias. Eran estas las que decidían sobre el destino de los individuos. Se trataba de un verdadero mecanismo de sujeción, como veremos a lo largo del recuento del diario de Policario, quien fue en realidad un hombre sujeto a decisiones familiares. En esos años los individuos estaban sujetos a dos instituciones: la familia y el Estado, como veremos más adelante en el diario de Policario. En la cultura de los italianos del siglo XIX la libertad individual casi no existía. Uno de los efectos de la Primera Guerra Mundial fue el aumento de la libertad de los individuos, rasgo típico del siglo XX.

Luego de permanecer unos meses en Riva, Policario emprendió el viaje de retorno al Perú, junto a su amigo Juan Devoto. Sus parientes les dieron numerosos encargos para llevar a Lima, también les encargaron que acompañaran a una joven del lugar, que viajaba a Lima en

el mismo barco, para casarse con un paisano residente en Lima y que la había pedido en matrimonio. Policario comenta en su diario:

Se usaba que los emigrantes casaran con mujeres italianas, de preferencia del pueblo de origen. Si eran primas o parientes, tanto mejor. De este modo aseguraban una mujer fiel, sometida al esposo y, un hecho muy importante a considerar, el patrimonio se mantenía al interior de la familia [...] También algunos viudos, que habían perdido su primera mujer, agotada luego de tantos partos y por la dura vida laboral de los primeros emigrantes, cuando alcanzaban cierto bienestar económico, se permitían una segunda esposa, joven, y que posiblemente habían escogido mirando una fotografía.

Ángela, así se llamaba la joven que partía para casarse, era la mayor de tres hermanos. Su padre había emigrado a América del norte pero había dejado de escribir y de enviar remesas. De modo que su madre debía trabajar duramente para sostener a la familia, mientras ella cuidaba de sus hermanos menores. Cuando Ángela cumplió 18 años, su madre recibió la solicitud de un primo suyo, que estaba en Lima; aquel había enviudado y tenía cuatro hijos. Solicitaba una mujer joven «aunque no tuviera dote», pero que estuviese dispuesta a cuidar de sus hijos. Es así que Ángela fue enviada a Lima con ese propósito; sus hermanos menores habían crecido y podían cuidarse por sí solos; además, si ella viajaba aligeraba la carga familiar (una boca menos). Es así como las jóvenes cumplían con estoicismo y disciplina con los requerimientos de la familia. Como Policario anotó en su diario, cuando el barco zarpó, los ojos de Ángela no tenían lágrimas, sufría en silencio y contenía sus emociones³.

³ La contención de las emociones era recurrente en los menores que viajaban. El trauma del desgarro familiar era demasiado fuerte para ser procesado; era ocultado. Otros escritos de inmigrantes así lo atestiguan: fue el caso de Carlo Corvetto, que al viajar al Perú siendo pequeño y debiendo dejar a su madre en Italia, reprimió el llanto al momento de la partida. Las lágrimas que no vertió en esa oportunidad lo persiguieron por muchos años, hasta su vida adulta, cosa que confesó en la biografía que escribió al final de sus días. Bonfiglio y Croci (2002). Quizá esas lágrimas reprimidas eran producto del dolor causado por «la bala de cañón» que partía en dos a los migrantes, así como al vizconde de Calvino.

El hombre con que se iba a reunir en Lima, que era primo de su madre, tenía una panadería:

La idea de comer pan fresco todos los días le hacía brillar los ojos. Durante la travesía en el barco, Ángela comía todo y limpiaba el plato sin dejar siquiera una migaja de pan [...] se entendía que para ella era secundario casarse con un hombre que tenía el doble de su edad, lo importante era que le asegurara una vida cómoda.

Durante esa travesía ocurrió un hecho que llamó la atención de Policario y lo escribió con detalle en su diario: un niño que viajaba en segunda clase se perdió. La madre alertó a los que viajaban y hasta al capitán del barco. Por varias horas el niño no aparecía y se temió lo peor. Hasta que lo encontraron escondido entre las mesas del comedor de primera clase. Allí el niño encontró una canasta con bizcochos, cosa que no había en el comedor de segunda clase, donde viajaba su familia. Al ver al niño que comía con avidez, el capitán ofreció dar bizcochos también a los niños que viajaban en segunda clase. Policario observó la escena y escribió en su diario que esos migrantes huían del hambre. El niño era simpático y se granjeó el cariño de los viajeros, que lo apodaron *topolino* (ratoncito) por su vivacidad y capacidad de escurrirse.

En otra parte de su diario, Policario escribe sobre sus sentimientos y la emoción que le embargaba al volver al Perú:

Cuando doblamos el Cabo de Hornos y entramos al Océano Pacífico, Juan y yo suspiramos, estábamos en nuestro mar, el mar donde habíamos aprendido a nadar cuando pequeños. En un gesto espontáneo pusimos un brazo sobre la espalda del otro, sin palabras, habíamos tenido la misma sensación, estábamos retornando a nuestra tierra [...] Nos estábamos rápidamente acercando al Perú, la emoción de volver a ver a mis tíos, los amigos, las viejas calles del «cercado», me produjo un estremecimiento a las rodillas. ¿Qué era esta ansia que me cerraba la garganta?; había apenas dejado mi familia, el país más lindo del mundo, pero esta tierra,

que habría pisado de nuevo, era la tierra donde había nacido, que me había visto crecer.

Al momento de desembarcar, Policario vio que Ángela se había puesto un vestido azul y un sombrero blanco. La vio dirigirse hacia un hombre vestido de negro y con un sombrero en la mano. Comprendió que los colores de esos vestidos eran la señal por la que se reconocían los nuevos esposos. También vio a *topolino* bajar del barco llevando a su hermana menor de la mano y apuntó en su diario: «espero que el Perú sea más generoso que Italia con ese niño».

De nuevo en Lima, Policario retomó el negocio familiar, junto a su tío materno, Giovanni, con quien conversaba largamente, no solo de negocios sino de la historia familiar. Escribió en su diario los recuerdos que su tío le contaba, de sus andanzas por los puertos del Mediterráneo y de cómo fue el viaje que lo había llevado al Perú. Estos apuntes son un testimonio muy importante, pues pocas veces se ha escrito sobre las duras condiciones de los que viajaban en los veleros que cruzaban el Cabo de Hornos, sobre todo para los viajeros de segunda y tercera clase (estos últimos veían el mar solo en contadas ocasiones). Las páginas del diario de Policario merecen un análisis en mayor profundidad del que hacemos en este breve resumen.

Desde entonces Policario vivía a la espera de un retorno definitivo a Riva. La correspondencia con su familia era intensa, en cada barco llegaban noticias y cartas. A través de la correspondencia el padre de Policario seguía dando indicaciones sobre cómo conducir el negocio en Lima. En esa época no se hablaba todavía de «globalización», pero la empresa de los Zolezzi era una transnacional en miniatura, típica de los negocios establecidos por genoveses en toda América Latina desde fines del siglo XIX.

En 1908 ocurrió un hecho que trastocó la vida de la familia Zolezzi: falleció el padre de Policario, quien se vio precisado a acudir al lado de su madre. De nuevo en Italia, en reunión familiar, los Zolezzi decidieron liquidar el negocio en Lima y que Policario se trasladara

definitivamente a Riva, para asumir el rol de «hombre de la familia», que le correspondía por ser el mayor de los hermanos. Una vez más, se expresaba así la sujeción de los individuos a la familia. En este caso vemos como la familia y el Estado eran instituciones que competían entre sí por tener sujetas a las personas.

Es así que, retornando de ese viaje, Policario preparó su regreso definitivo a Italia. Pero se encontraba partido por la mitad, como apuntó en su diario: «La sensación que había tenido en mi primer viaje a Italia se había sedimentado en mi mente y en mi corazón. Estaba dividido en dos mitades, como una manzana: cuando estaba en Lima me faltaba Riva; cuando estaba en Riva tenía nostalgia de Lima». Definitivamente, Policario estaba «demediado» como el vizconde del cuento de Calvino.

En 1915 Policario realizó otro breve viaje a Italia. Durante su estadía, en mayo de ese año, Italia ingresó a tomar parte de la guerra que había estallado el año anterior. Era la Primera Guerra Mundial, que cubrió como una sombra oscura las familias que tenían hijos en edad de leva militar, y Policario se encontraba entre estos. Hubo reunión familiar y los primos de Policario le aconsejaron retornar pronto al Perú, con la confianza de que pronto terminara la guerra. En esa ocasión la familia pudo sustraer a Policario del intento de sujeción por parte del Estado, pero no pudo evitar que el hermano menor, Giovanni, fuera reclutado, cuando tenía apenas 17 años. Hay que tener en cuenta que la prolongación de la guerra y la necesidad de más tropas hizo que el ejército italiano redujera la edad de conscripción a los 16 años.

Antes de partir, Policario conversó con su madre para manifestarle su deseo de casarse. Reproducimos aquí el diálogo que se dio en esa ocasión, tal como está consignado en el diario:

- Bueno, hijo mío, puedo buscarte yo una esposa. La próxima vez que vengas la vas a conocer.
- Le ruego madre, no quiero darle un disgusto, pero prefiero buscarla yo mismo.

- ¿No querrás traerme una mujer del Perú?

- Y ¿por qué madre, piensa que una mujer nacida en Perú sea menos respetable que una nacida en Riva? De todos modos, por ahora es prematuro. Hablaremos luego.

De retorno a Lima Policario estrechó un vínculo afectivo con Blanca, una joven limeña de la que se enamoró. Ese hecho recrudeció en él la sensación de estar dividido entre el llamado de la familia y el deseo de independizarse. Lo escribe dramáticamente en su diario:

Estaba dividido en dos: por una parte quería correr en auxilio de mi familia, por la otra deseaba conquistar a Blanca y tener una familia para mí. Una vez más me encontraba desgarrado entre el país donde había nacido, el Perú, y la tierra de mis antepasados que me había tomado el corazón.

A finales de 1916 ocurrió algo que motivó a Policario a ir a Italia y desatender los consejos que le hacían diversas personas, pues si volvía corría el riesgo de ser reclutado y enviado a la guerra. Había muerto su tío Giovanni Ghio y la esposa de este quiso volver a Italia, pues no quería permanecer sola en Lima y le pidió a Policario que la acompañara en el viaje. Antes de partir, Policario se comprometió con Blanca y le prometió que volvería para casarse con ella y llevarla a Italia, donde vivirían, aunque su proyecto de vida era el de viajar continuamente al Perú.

Antes de partir, la tía le dijo: «he vivido tantos años en esta ciudad, pero nunca me sentí como si estuviera en mi casa. Estoy contenta de regresar a casa». Policario anotó en su diario que para la tía la casa era Riva, en cambio él aún no sabía cuál de los dos países era su casa. Realizó ese viaje en medio de serias dudas acerca de la conveniencia de hacerlo, debido a que la guerra se prolongaba. Sin embargo pudo más su sentimiento de obligación hacia la familia, pues su madre se encontraba sola con sus hermanas, su hermano Giovanni había sido

reclutado y estaba en el frente de batalla. Sabía que le tocaba asumir el rol del «hombre de casa», rol fundamental en las familias italianas, que se heredaba de padre a hijo. Por eso, a pesar de estar dividido en sus sentimientos, reprimió el deseo de quedarse en Lima y casarse con Blanca, confiando en que la guerra en Europa acabara pronto. Una vez llegado a la casa de su madre, que ya sentía como su casa, Policario fue informado de que había una notificación para él: debía presentarse al cuartel, en Génova. Esta vez el Estado pudo más que la familia.

Así es como se cumplió lo que todos temían en la familia Zolezzi: Policario debió partir al frente. Siguió escribiendo su diario, donde relataba la crudeza de la situación que le tocó vivir. A diferencia de lo que decía la propaganda oficial, había una enorme precariedad en la vida de los soldados enviados al frente: la comida era pésima, a tal punto que provocaba cólicos; el armamento escaseaba y no había suficiente abrigo. Era invierno crudo y en el Monte Grappa, donde le tocó combatir, había mucha nieve. Estando en el frente pudo darse cuenta de que la guerra era absurda, los soldados no sabían por qué luchaban y por qué la defensa de una frontera costaba tantas vidas y sufrimientos. Pudo darse cuenta de la falsedad de la propaganda oficial, que apelaba al patriotismo y al sentido del deber. La crueldad de los combates le causaba repugnancia:

Lo que más me repugna es el fusil con la bayoneta. La idea de ensartar a otro hombre, aunque enemigo, me hace hervir la sangre. Y esto no solo me sucede a mí. La gran parte de los soldados y también nuestros oficiales, deben llenarse de alcohol para darse valor.

Las últimas líneas del diario están fechadas el 23 de octubre de 1917. Allí dice que antes de partir al ataque miraba la imagen de la Virgen del Socorro que le dio su mamá, cuyo rostro sereno y dulce le daba quietud: «Con el recuerdo de la casa de mi familia en mis ojos, sigo como un sonámbulo a los otros soldados que corren. Al encuentro de la muerte». Se dio cuenta de que no volvería vivo de esa guerra.

Pidió una hoja de papel al capitán y con un lápiz que llevaba consigo escribió sus últimas cartas. Una a su madre:

Querida madre, no creo que regrese de este infierno. Con poca alimentación, poca agua, en esta situación tan deprimente me siento como un ratón en una jaula.

El único consuelo que tengo es que ustedes están lejos de esta terrible guerra.

Tenga cuidado de usted, de mis hermanas y dele un beso a mi hermano Agostino. Confío en que pueda volver a abrazar a mi hermano Giovanni.

Vuestro hijo Lorenzo Policario.

En otra hoja de papel escribió una pequeña carta dedicada a Blanca:

Mi adorada,

En los momentos más oscuros, cuando caigo en desesperación, me consuela el recuerdo de los pocos momentos que hemos pasado juntos.

Hubiera querido construir, junto a ti, una familia [...] Pero el destino ha decidido diversamente.

Piensa en mí de vez en cuando y hazme volver a vivir en tus pensamientos. Yo te llevo conmigo, encerrada para siempre en mi corazón.

Tuyo para siempre, Cario.

Así termina la vida de Policario, Lorenzo Zolezzi. Un limeño hijo de inmigrantes italianos. El diario que ha escrito contiene bellas páginas, además de ser testimonio de una época y de una vida partida en dos mitades. Muchos hubieran podido escribir lo mismo; la crónica señala que numerosos inmigrantes italianos partieron desde el Perú para combatir en esa guerra y once no regresaron nunca. Las páginas del diario de Policario hablan por ellos, de sus penurias y sobre todo, de sus sentimientos encontrados. Una parte del Perú murió en esa guerra. Sin duda, el pedido de Policario a Blanca se cumplió: «hazme volver a vivir en tus pensamientos».

3. ¿POLICARIO ERA PERUANO O ITALIANO?

Esta pregunta surge con tono provocador, con el propósito de problematizar una situación que para algunos puede parecer simple, pero que en realidad es compleja y no es de fácil respuesta.

Para los italianos, Policario era su compatriota para todos los efectos. Se le aplicaba el principio de *jus sanguinis*, según el cual un hijo de italiano conserva la ciudadanía cualquiera sea el lugar donde haya nacido. En cambio, para el Estado peruano Policario era peruano, pues se le aplicaba el principio del *jus solis*.

Más allá de consideraciones de índole jurídica (al fin y al cabo la nacionalidad es un elemento jurídico), lo que interesa aquí es discutir cuestiones de identidad, que es algo personal y subjetivo. Entonces la pregunta debería cambiar a: ¿cómo se sentía Policario? La respuesta la da él mismo a través de las páginas de su diario: se sentía partido por la mitad, «como una manzana», según la expresión que utilizó en varias ocasiones.

Cuando una realidad es compleja no hay mejor cosa que acudir a metáforas y a relatos fantasiosos; al arte más que a la ciencia; a las emociones antes que a la razón. Como en el cuento de Calvino «El vizconde demediado», que narra la historia fantástica de un personaje partido en dos por una bala de cañón; cada mitad era un individuo en sí, opuesto en sus rasgos. Sin embargo, Policario tenía los dos rasgos de identidad dentro de sí; no estaba demediado físicamente, sino en sus sentimientos. Es la expresión más clara del desgarró.

Antes que ser abatido por una bala en una trinchera, Policario había sido impactado por una bala de cañón que lo había partido en dos: era peruano e italiano a la vez. Llevaba en su interior dos naturalezas, cosa nada fácil de sobre llevar. Por eso discutía con su madre que quería casarlo con una italiana, cuando él estaba interesado en una peruana; por eso también le temblaban las piernas cuando de retorno de su primer viaje a Italia divisó el océano Pacífico, el mar donde había

aprendido a nadar y donde estaba el suelo que lo vio nacer, donde estaban sus amigos. Estaba partido entre su familia y los afectos que había establecido en Perú; entre un Estado que lo reclamaba (como carne de cañón) y el país que le ofrecía hospitalidad y posibilidades de realización personal.

Volviendo al tema del impacto de la Primera Guerra Mundial en el Perú, podríamos decir que a partir de entonces se modificó la relación de los inmigrantes con el país de origen. Porque esos migrantes eran exigidos por un Estado que reclamaba cuotas de sangre cada vez mayores; además les reclamaba lealtad sin tener en cuenta los desgarros producidos por el hecho migratorio. Por eso, en los años siguientes, y sobre todo en la Segunda Guerra Mundial, los hijos de italianos que nacieron en el Perú dejaron de acudir al llamado del Estado que reclamaba su cuota de sangre o que les exigía lealtad a toda costa, como si fuesen de su propiedad.

Se puede afirmar que la primera Guerra Mundial tuvo el efecto de que cada vez más los inmigrantes y sus descendientes se integraran y asimilaran al Perú. Cambió la forma como los inmigrantes se relacionaron con el país al que llegaban.

4. LA POLÍTICA ITALIANA FRENTE A LA EMIGRACIÓN LUEGO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

A diferencia del siglo XIX, en el que el Estado italiano no tenía capacidad para orientar y disciplinar a los emigrados, en el siglo XX empezó a tener una política en relación con la emigración. En efecto, esto ocurrió desde fines del siglo XIX, cuando se dio inicio al flujo migratorio masivo, que adquirió características de un verdadero éxodo. Esa situación era vista por muchos como un problema, pues masas de italianos salían, sin que el país se beneficiara de ello. Ahí surgieron diversas teorías y posturas políticas en relación con la necesidad de contar con espacio vital y de colonizar tierras. A inicios del siglo XX emergieron las teorías

de la necesidad de ocupar colonias donde poder colocar la población excedente de los países centrales. Eso ocurrió en prácticamente todos los países europeos, no acaso fue el antecedente de la Primera Guerra Mundial, que estuvo signada por el afán de colonizar tierras fuera del continente europeo. Era la época en la que se daba en toda Europa el efecto de la transición demográfica, que generaba un «excedente» de población, un movimiento de migración hacia las ciudades y empobrecimiento de la población rural. Ese movimiento se dio sobre todo en los países del Mediterráneo, donde la transición demográfica fue posterior a la que ocurrió en países más industrializados, como Inglaterra y Alemania.

Desde fines del siglo XIX había surgido en Italia una corriente de pensamiento de corte nacionalista en la élite política que buscó utilizar la emigración como un instrumento para superar las deficiencias económicas y militares; en cierto modo se trataba de sacar provecho del poderoso e incontenible flujo migratorio que se dirigía a países relativamente despoblados, como América del Sur y América del Norte.

El «problema migratorio» estuvo al centro de un gran debate, que miraba a la posibilidad de utilizar a los emigrantes como instrumento de política exterior y del poder de la nación. Muchos veían, con preocupación, cómo Italia se «desangraba» en una gran masa que iba a fortalecer capacidades productivas de otras naciones. En esos años se discutió la posibilidad de aprovechar la masiva emigración en Argentina y el sur del Brasil para la creación de una zona de influencia italiana en esos países. En debate se contraponían los defensores del «imperialismo clásico» y los defensores de la tesis de la «libre colonización» en las Américas (Bertonha, 2001).

Los nacionalistas eran proclives a la teoría del imperialismo clásico y se oponían a la idea de la libre colonización en América Latina. Hay que tener en cuenta que los nacionalistas no se oponían a la emigración, la veían como algo negativo para Italia pero inevitable; más bien incidían en la necesidad de utilizar el flujo migratorio para provecho

de los intereses nacionales italianos, sin excluir la necesidad de ocupación de territorios en una lógica de expansión imperialista. Se difundió la idea de que los emigrantes habían iniciado un nuevo tipo de imperialismo e Italia debía sacar provecho de tal situación (Franzina, 1994).

Esa ventaja se podía concretar solo si la emigración se transformaba en arma de conquista o por lo menos en expansión de la influencia italiana en el mundo. Esta situación suponía el mantenimiento de la «italianidad» de los emigrantes y de sus hijos, así como fortalecer la capacidad de «disciplinar» a los emigrados por parte del Estado. Sin la tutela sobre los emigrantes, la emigración sería una inútil salida de fuerzas nacionales y no habría servido para la expansión italiana en el mundo.

El debate que se dio a inicios del siglo XX fue el antecedente de la política implementada posteriormente por el régimen fascista en relación con la migración. En efecto, el fascismo hizo suyas las ideas de los nacionalistas italianos de inicios del siglo XX. De ahí que la política que se implementó respecto a la migración tuvo como elemento central la consideración que la emigración debía ser un instrumento para elevar el prestigio y el desarrollo de Italia. Se pretendía superar la falta de iniciativas del periodo liberal (hasta inicios del siglo XX), durante el cual la emigración se desarrolló espontáneamente. La nueva política aceptaba la emigración como un mal inevitable, del cual debía sacarse provecho. Una declaración oficial decía:

La emigración es un mal, porque empobrece la nación de elementos activos que van al extranjero, donde se convierten en glóbulos rojos de países anémicos. Este mal puede ser minimizado con la organización y convertido en un peso a nuestro favor, a nivel internacional (citado en Bertonha, 2001, p. 42).

Se aplicó el concepto de la «patria en expansión» que ya había sido planteada por nacionalistas italianos en la época anterior. En ella había una visión mística de la emigración, como expresión de debilidad pero

también de fortaleza de la raza italiana en el mundo. Otra idea que estaba a la base de esta política es que, para que los emigrantes fuesen instrumentos del régimen, era esencial que ellos recuperen la ligazón con la madre patria y aceptar la tutela del Estado italiano.

A finales de la década de 1920 la política del régimen acerca de la emigración sufrió un cambio significativo. En esa segunda fase, el régimen incidirá en la concepción según la cual la emigración era una salida inútil de mano de obra de la nación; desde entonces se adoptaron medidas destinadas a obstaculizar el movimiento migratorio. Esta fase coincidió con un nuevo contexto internacional en el cual los países que hasta entonces habían sido recipientes de inmigración empezaron a aplicar medidas tendientes a controlar el ingreso de inmigrantes. Ello se dio en Estados Unidos, pero también en América Latina y el Perú (Bonfiglio, 2001).

Fue un periodo de fortalecimiento y hasta de exacerbación de los nacionalismos en todo el mundo, en el contexto internacional que llevó a la Segunda Guerra Mundial.

El régimen fascista hizo esfuerzos por controlar a las colectividades de italianos en el exterior y para transformarlas en instrumento de política exterior de Roma, así como de difusión de su ideología. La propaganda oficial resaltaba lo que se consideraba una conquista del régimen, o sea la capacidad de poner en contacto a los emigrados y a sus hijos con la madre patria. Sin embargo, entre los mismos propagandistas se reconocía que sin nuevos flujos migratorios y considerando la rápida integración de los emigrados, la batalla por la conservación de la italianidad entre los emigrados estaba perdida. Se preguntaban si valía la pena mandar afuera a gente que se integraba rápidamente, al cabo de una generación, como sucedía en todos los países de América Latina, o que incluso se convertían en fervientes nacionalistas en sus países de adopción.

Quizá tiene sentido relatar una pequeña anécdota que ocurrió en Tacna. Allí un hijo de inmigrantes que había combatido en la Primera

Guerra Mundial, Luis Banchemo (el padre de Luis Banchemo Rossi), increpó públicamente a un joven oficial chileno que estaba de paso por dicha ciudad, gritándole «devuelvan Arica». Ese joven oficial chileno era Augusto Pinochet.

En 1939 un exponente del régimen italiano reconocía que la batalla por la conservación de la italianidad de los emigrados estaba perdida, se trataba del embajador Cantalupo, quien escribió un informe al respecto en el cual se sostenía que solo el retorno de los emigrados y de sus hijos podía devolverlos a la italianidad. Esta política, iniciada en 1939, comenzó con la creación de la «Commissione permanente per il rimpatrio degli Italiani all'estero» (Cantalupo, 1939).

La política del régimen italiano frente a la migración en América Latina tuvo una orientación diferenciada: para los casos de Brasil, Argentina y Uruguay, los representantes del régimen eran conscientes de que no se podía evitar el proceso de desnacionalización de los millones de italianos allí emigrados, a lo sumo podían retardar ese proceso y usarlos como instrumento de difusión de la ideología fascista en la opinión pública local. Esta política estaba dictada, además, por la distancia geográfica respecto a estos países, así como la debilidad militar italiana y la presencia hegemónica de la potencia adversaria, Estados Unidos. Definitivamente, en América Latina los representantes del régimen fascista enfrentaban una realidad que difícilmente podían cambiar. Aquí se habían afincado comunidades de inmigrantes desde la segunda mitad del siglo XIX y estaban en su gran mayoría en proceso de asimilación e integración social. Policario fue uno de los que no pudieron quedarse.

En relación con Chile y Perú, se aplicó una política de búsqueda para aumentar la influencia, por la presencia de partidos políticos favorables al fascismo. En el caso del Perú, había una reducida pero enriquecida colectividad inmigrante, que tenía buenas relaciones con el gobierno de Bustamante.

5. CAMBIOS EN LA POLÍTICA PERUANA FRENTE A LA INMIGRACIÓN

También en el Perú, luego de la Primera Guerra Mundial se dio un cambio en las políticas inmigratorias, aunque esta medida cobró fuerza en la década de 1930. Se abandonó paulatinamente una política proinmigratoria, para adoptar una actitud nacionalista. Ello ocurrió no frente a italianos, sino con europeos en general. A ello obedeció la retracción de flujo inmigratorio (Bonfiglio, 2001).

A diferencia de lo que sucedió en el siglo XIX, los inmigrantes italianos que llegaron al Perú en el siglo XX, sobre todo a partir de la década de 1920, ya no tenían la misma actitud de sujeción moral frente al Estado italiano. Hasta la década de 1910 los inmigrantes tenían todavía el espíritu del *Risorgimento*, la epopeya de la reunificación italiana en la que pelearon tantos de modo voluntario, pues estaban imbuidos del espíritu patriótico y romántico del siglo XIX. Esta mentalidad se desvaneció en la Primera Guerra Mundial, que muchos veían como absurda pues costó más vidas que las guerras de unificación libradas en el siglo XIX.

A pesar de los controles que la diplomacia italiana y la élite de la colectividad inmigrante pretendieron ejercer, desde la década de 1920 la masa de los inmigrantes se acogió al «asimilacionismo» que se dio en Perú, no tanto como expresión de una política emanada del Estado peruano, sino como expresión de la emergencia del nacionalismo cultural y étnico peruano que cobró fuerza en esos años.

Como conclusión, podemos decir que la Primera Guerra Mundial significó el inicio de un proceso de asimilación de inmigrantes a la sociedad peruana, vivido en medio de desgarros pero que al final impuso la lógica de individuos y de familias sobre los países y los Estados de origen. El país receptor poco a poco fue ganando a los migrantes y a sus hijos, que en su gran mayoría se quedaron aquí y se integraron a la sociedad peruana, con lo cual contribuyeron a su modernización.

BIBLIOGRAFÍA

- Aliprandi, Ermenegildo & Virgilio Martini (1935). *Anuario Ítalo Peruano*. Guayaquil: Artes Gráficas.
- Bertonha, Joao Fabio (2001). Emigración e política estera: la «diplomacia sovversiva» di Mussolini e la questione degli italiani all'estero, 1922-1945. *Altreitalia*, 23.
- Bonfiglio, Giovanni (2001). *La presencia europea en Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Bonfiglio, Giovanni & Federico Croci (2002). *El baúl de memoria. Testimonios escritos de inmigrantes italianos en Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Cantalupo, Roberto (1939). *Il rimpatrio degli italiani*. Roma: Edizioni della Rassegna Italiana.
- Franzina, Emilio (1994). *Stranieri d'Italia—Studi sull'emigración italiana dal Risorgimento al Fascismo*. Vicenza: Odeon.
- Zolezzi, Mariella (2009). *Via delle Americhe*. Sestri Levante: Gammarò editori.